

CAPÍTULO OCHO

La crítica cultural



La convergencia de lo tradicional y lo moderno se ven con nitidez en esta foto de un representante de la tribu Yaulapin de la selva amazónica.

Introducción

El intelectual y el estado

El término «crítica cultural» tiene una connotación muy amplia en América Latina, donde ha constituido una parte integral de la vida intelectual desde hace siglos. Incluye el análisis de los valores, la sociedad, las instituciones y todo un estilo de vida. Para muchos latinoamericanos, la actitud crítica ha dado como resultado la encarcelación o el destierro porque lo cultural frecuentemente roza lo político y causa conflictos con las autoridades. En otras circunstancias, los intelectuales sirven como consejeros políticos, embajadores o emisarios culturales, o sea, como representantes oficiales de su gobierno. No es raro que los mismos intelectuales censurados por un régimen político sean después honrados por otro. Es así como la relación entre el intelectual y el Estado es compleja y está colmada de altibajos. No obstante, los intelectuales se han empeñado en presentar sus influyentes observaciones sobre la realidad histórica, política, económica y social de sus culturas nacionales, e inclusive de su continente.

Preocupaciones centrales

La crítica cultural toca todos los aspectos de la vida actual, pero pueden identificarse dos preocupaciones centrales: (1) la búsqueda, el análisis y la definición de la identidad nacional, abarcando temas tan variados como el exilio, el machismo, el militarismo, la etnicidad, el neoliberalismo y las actitudes hacia el patrimonio nacional y (2) el encarnizado debate sobre la globalización y el desarrollo económico y sus efectos en el medio ambiente.

La identidad étnica y cultural constituye un elemento imprescindible en la definición de la identidad nacional. Forma parte además de un esfuerzo hemisférico generalizado por ser moderno sin perder las raíces, sean estas indígenas o judías, y sea su expresión en guaraní o inglés, según veremos. En todos los grupos minoritarios, desde los caucheros brasileños hasta los feministas mexicanos, vemos el mismo afán de valorarse a sí mismos y de ser aceptados tal como son por un *milieu* cultural cada vez más pluralista. Este deseo de autoafirmación ha adquirido mayor importancia en años recientes por diferentes razones, entre ellas: (1) la desilusión con otros países que servían de modelos, (2) el activismo a nivel local que se ha difundido en parte mediante la proliferación de organizaciones internacionales de apoyo y sus amplios esfuerzos de concientización política y (3) el deseo de definir y defender la identidad local y nacional frente a las tendencias homogeneizantes de la globalización económica y cultural.

La identidad nacional

La búsqueda de la identidad nacional es sobre todo una tentativa hacia el autoconocimiento y la autodefinición colectivos. Se caracteriza por estudios de índole psicológica, sociológica e histórica sobre la esencia y los rasgos del carácter nacional. Se supone que existe un carácter nacional y que se lo puede definir —una suposición muy discutible. Se supone también que, una vez descrito con todas sus fallas y virtudes, se pueden efectuar cambios en sus aspectos negativos, siendo éste el foco de atención de muchos ensayistas.

Los estudios sobre el carácter nacional surgieron durante el siglo XX en toda América Latina y tuvieron su apogeo entre la década de los treinta y la de los cincuenta como resultado de muchos factores interrelacionados. Los principales son: (1) la introspección nacional después de la Primera Guerra Mundial, cuando los intelectuales latinoamericanos comenzaron a mirar hacia el interior (a sus propias culturas) en vez de hacia el exterior (a Europa o los EE. UU.) para su inspiración; (2) las nuevas teorías de la psicología, el psicoanálisis y la investigación sociológica y (3) un nacionalismo creciente que se caracterizaba por el deseo de valorar lo nacional en lugar de considerarlo racial y culturalmente inferior, como habían mantenido o implicado muchas teorías prevalentes hasta la década de los treinta. Se nota en particular una preocupación por definirse en sus propios términos y no con una medida importada de Europa o de los EE. UU.

La búsqueda ha sido complicada por la tensión entre el deseo latinoamericano de modernidad frente al de autenticidad. Esto se ve en la actitud ambivalente hacia los grupos típicamente representativos de la nacionalidad: por una parte son estimados por ser «genuinos»; por otra, son menospreciados por ser «atrasados» (ver Capítulo tres). La tarea de la consolidación nacional se ha visto complicada también por el exilio y la emigración (ver Capítulo seis): campesinos salvadoreños o indios guatemaltecos huyendo de la violencia; universitarios, profesores, políticos y artistas desterrados por su inconformidad con el régimen político; argentinos y venezolanos de todas las clases sociales que han emigrado para escapar de la inestabilidad económica y política; la ausencia de éstos y otros grupos de personas y sobre todo la situación subyacente que la produjo dificulta la articulación de una identidad nacional coherente.

El machismo

La crítica del machismo se puede considerar como un aspecto de la búsqueda de la identidad, pero es un tema tan amplio que ha merecido consideración aparte. El machismo consiste sobre todo en una postura agresiva, negativa y

desconfiada ante el mundo, y en un deseo de hacer prevalecer la voluntad del macho a través de la humillación, verbal o física, del otro. Muchos estudios han comentado la inseguridad radical del macho, quien afirma agresivamente su «yo» para enmascarar un verdadero sentimiento de vulnerabilidad. Este comportamiento netamente antisocial se ve en todas las clases sociales, sólo que su expresión suele ser más sutil en las más altas.

Para seguir existiendo como institución cultural, el machismo depende del mantenimiento de un sistema rígido de papeles sexuales tradicionales. Entre éstos figura el hembrismo, la otra cara de la moneda machista. Consiste en el comportamiento y la autoimagen de la mujer como un ser sumiso, pasivo, dependiente y siempre necesitado de la protección y dirección del hombre. Tanto el hembrismo como el machismo han sido criticados por muchos escritores por causar el enclaustramiento² de hombres y mujeres en una camisa de fuerza³ de papeles sexuales que limitan severamente el desarrollo individual y cultural (ver Capítulo cinco).

El militar

La crítica del papel del militar en la vida pública también está relacionada con la búsqueda de la identidad nacional y la crítica del machismo. Las tres parten de la premisa del análisis racional de la cultura y de la necesidad de la libre expresión de la voluntad individual y colectiva, en este caso, en lo concerniente a la expresión política. La presencia militar en el gobierno es un hecho histórico en América Latina, cuya herencia cultural es mucho más autoritaria que igualitaria (ver Capítulos uno y dos).

Históricamente, el militar ha intervenido a causa de la debilidad del proceso político e institucional, o sea, por la incapacidad de los civiles de gobernar el país, y por miedo a una dirección demasiado comprometida con la reforma social. Las fuerzas armadas, especialmente el ejército, se consideran los guardianes del orden constitucional y de la moralidad pública, de modo que cuando, a su parecer, éstos se encuentran en peligro, recurren a un golpe de estado militar. Así es que el militar se interpone en la política para ordenarla, darle forma, desde su perspectiva militar. De ahí proviene gran parte del conflicto, porque su visión muchas veces no coincide con la de los civiles, tanto de los intelectuales como del clero (ver Capítulo siete). Algunos argumentan que la disciplina, la eficiencia y el anhelo de modernidad de la élite militar la capacitan para gobernar. Otros niegan que éstos sean atributos positivos, y en tanto que admiten la debilidad del proceso político legalmente constituido, señalan que esto se debe en parte a que los militares suelen tomar el poder sin dar suficiente oportunidad al sistema civil para constituirse como una fuerza positiva y democrática.

²encerramiento

³camisa... *straightjacket*

La globalización, el desarrollo económico y el medio ambiente

.....

Claro está que en América Latina, como en otros lugares, el desarrollo económico ha sido considerado generalmente como la llave mágica a la panacea de la modernidad. Se ha creído que el desarrollo económico produciría un país moderno con una fuerte base industrial, extensos mercados interno y externo, una economía planeada con la participación de los sectores público y privado, y que traería los conocimientos técnicos esenciales para una competencia exitosa en la economía mundial. Otro resultado sería el progreso social: mejoras en la educación, los servicios públicos, los ingresos nacionales e individuales y, en suma, una mejora en el nivel de vida del pueblo. Pero, así como la urbanización no trae infaliblemente consigo empleo o una vida mejor para los pobres, el desarrollo económico no es causa automática del progreso social (ver Capítulo cuatro). Por el contrario, varios estudios mantienen que el desarrollo económico solamente ha agrandado la brecha entre el rico y el pobre, y que las políticas neoliberales de la privatización y la planificación para el beneficio de las grandes y medianas empresas han sido desastrosas para las pequeñas empresas locales y el campesinado. La cuestión es complicada y, como cualquier otra generalización sobre América Latina, varía considerablemente de país en país y hasta de región en región. A pesar de esto, vale decir que tanto entre los intelectuales como entre las clases populares se va adquiriendo la conciencia de que los beneficios del desarrollo y de la llamada «economía global» —de la cual el Tratado de Libre Comercio (1994) y el proyectado FTAA (Acuerdo de Comercio Libre de las Américas) son los mejores ejemplos— traen consigo costos elevados.

Entre los aspectos más importantes del debate ecológico y económico se encuentran: (1) el deseo de controlar los recursos nacionales propios frente a la dependencia económica; (2) la explotación de los recursos naturales para la exportación al exterior, frente al deterioro continuo del precario equilibrio ecológico y (3) la producción de bienes económicos frente a su distribución más equitativa. Con base en estos aspectos existe una desconfianza profunda hacia la influencia preponderante que ejercen las superpotencias económicas, como los EE. UU. y Europa, y las organizaciones financieras internacionales, como el FMI, el BM, y el BID, en el destino económico, político y cultural de América Latina. Algunos dicen que la época de la economía global ya ha anulado toda posibilidad de autonomía local y que es utópico pensar de otra forma. Otros todavía siguen elaborando obstinadamente programas cooperativos a nivel de base, trabajando «con las uñas» para lograr la autosuficiencia económica y cultural de sus pueblos y comunidades y proteger de ese modo la identidad cultural, como pronto veremos.

Tradición y cambio: Lecturas sobre la cultura latinoamericana contemporánea. Denis Lynn Daly Heyck y María Victoria González Pagani (2004)